

El pasillo de los gritos



JAVIER LARA

El pasillo de los gritos

Javier Lara

© José Javier Lara Hidalgo, [2018]

Todos los derechos reservados.

*A toda la comunidad educativa
del IES Emilio Muñoz,*

Índice

Fuera de clase.....	5
¿Qué piensas mamá?	7
Pilar.....	9
“Juani el de los ochos”	11
La memoria del lugar	13
El regreso	14
Sobre el autor	16

Fuera de clase

—¡Márchate inmediatamente a Jefatura de Estudios!

Aquel grito de la profesora lo confirmó. Nerea fue expulsada de clase. Sí, se había puesto algo borde y gritó. Primero fue con Manu, un insoportable chico que no la dejaba en paz. Después levantó la voz a la profesora que no quiso escuchar sus explicaciones y tras mandarla a callar varias veces, terminó echándola del aula.

Caminaba por el pasillo de la primera planta del instituto. Lo hacía lentamente, ya que tenía que bajar al despacho de la jefa de estudios. Le pediría muchas explicaciones, pero no solo eso. Cuando echaban a un alumno de clase, se le ponía un parte disciplinario y aquello conllevaba una llamada a sus padres y el consecuente castigo.

Mientras pensaba en las consecuencias, cabizbaja, Nerea notó algo extraño a sus espaldas que la sobrecogió y le aceleró el corazón. Le dio la impresión de que alguien encendía un potente foco para apagarlo inmediatamente, algo así como un relámpago. Se giró, pero no había nada, tampoco ventanas por las que pudiera entrar la luz. Sin embargo, estaba segura de que había visto el reflejo proyectado en las paredes. El pasillo, desde el curso anterior, estaba decorado con papel celofán azul y peces de papel y otras criaturas acuáticas simulando un mar. Todo aquello se había iluminado durante un momento muy breve, fue un encender y apagar.

Caminó un poco más y al llegar al rellano miró por la ventana buscando una posible tormenta, pero el cielo estaba despejado, sin rayos a la vista que pudieran haber ocasionado aquel fenómeno en el interior del instituto. Volvió a mirar hacia el pasillo, la luz había desaparecido, pero entonces otro de sus sentidos, el oído, le hizo sentirse invadida por el pánico. Primero fue un susurro, después retumbó una voz muy aguda.

—¡Túuuuuu, túuuuuu! ¡El de los ochoooooo! ¡Túuuuuu!

Temblando, y con el pasillo completamente vacío con todo el alumnado en clase, se giró y comenzó a correr. Bajó las escaleras de dos en dos y hasta de tres en tres. Al llegar a la planta baja, vio la puerta del instituto abierta, no había nadie en aquel momento en la conserjería y decidió salir corriendo de allí.

¿Qué piensas mamá?

Llevaba ya un par de minutos llamando al timbre de casa, pero no abría nadie. El instituto de Nerea estaba a las afueras del pueblo de Cogollos Vega, cerca de Granada capital. Tras escuchar los gritos, salió del edificio y se puso a correr, lo único que se le ocurrió fue enfilarse la carretera hasta llegar a casa, aunque sabía que se arriesgaba a llevarse una reprimenda.

Cuando empezaba a pensar que no había nadie en casa, Pilar, la madre de Nerea, abrió la puerta saliendo con un albornoz puesto y una toalla alrededor de la cabeza.

—No esperaba a nadie a esta hora. Me has pillado en la ducha. ¿Qué haces aquí hija? ¿Qué te pasa que vienes tan sofocada?

—Mamá, me ha ocurrido algo que no sé cómo explicar —contestó Nerea, que llegaba temblando y sudando porque había corrido durante el largo camino que hay desde el instituto hasta casa.

Las dos entraron en la vivienda, Nerea se sentó en una silla en la cocina y su madre le acercó un vaso de agua del que Nerea bebió hasta la mitad.

—¿Me vas a contar por qué estás aquí y no en el instituto? —le preguntó la madre una vez que vio a su hija ligeramente más tranquila.

—Es que no sé si me vas a creer.

—Debes confiar en tu madre —le dijo mientras cogía otra silla y se sentaba a su lado—. ¡Venga! Intenta contarme con tranquilidad lo que te ha ocurrido para irte del instituto y correr unos dos kilómetros.

Nerea cerró los ojos, respiró profundamente y rememoró todo lo que había visto y sentido desde su salida de clase, los reflejos de luz en el pasillo y aquellos extraños ruidos, entre sollozos y gritos con voz de mujer.

Tras escuchar a su hija en completo silencio, Pilar se quedó pensativa. Hizo un amago de hablar, pero volvió a mirar al infinito, con la niña observando su reacción, estuvo así unos segundos hasta que volvieron a cruzar las miradas.

—¿Qué piensas mamá? ¿Me crees?

—Puede que te resulte extraño, pero te comprendo mejor de lo que piensas. Es más, te puedo decir que lo que has visto no es la primera vez que pasa, la historia se repite cada cierto tiempo en el viejo instituto. ¿En qué año estamos? —preguntó Pilar.

—En 2018.

—Pues si no recuerdo mal, lo que tú me has contado se parece a algo que yo viví hace exactamente 30 años cuando iba al mismo instituto.

Y Pilar comenzó su relato.

Pilar

Era una tarde lluviosa de finales del mes de octubre. Todos mis compañeros se habían marchado, pero yo me quedé castigada con la profesora copiando de un libro porque había sacado mala nota en el examen.

Tras terminar todo el texto, se lo enseñé a la profesora que me dio permiso para salir. Como ella también regresaba a casa, salimos juntas del aula, pero cuando cerramos la puerta de la clase, en el pasillo, algo nos sorprendió. Primero fue como una bocanada de viento mientras el pasillo se iluminaba. Después escuchamos un fuerte grito de mujer que además susurraba unas palabras que no entendimos. Yo me quedé petrificada, aunque la profesora no le dio importancia.

—¡Vaya Pilar! Tenemos tarde de tormenta. Hasta parece que hay una chica en el instituto que grita porque le da miedo —dijo la profesora.

Sin embargo, cuando bajamos las escaleras y salimos al exterior, nos sorprendió un intenso cielo azul sobre nosotros con nubes solo en la lejanía. La lluvia ya hacía un buen rato que había cesado.

No reparé más en el asunto, pero a la mañana siguiente cuando la profesora me mandó a por tizas, volví a presenciar algo parecido.

Iba algo despistada pensando en mis cosas, pero me sobresaltó de nuevo un fogonazo, algo así como una centella que iluminó el pasillo y esta vez sí entendí lo que decía el agudo grito.

—¡Tú! ¡El de los ochos! ¡El de los ochooooos! ¡Busca al de los ochos!

Me quedé atónita, comencé a temblar. Sin tizas, volví corriendo a clase y al llegar, la profesora notó que tenía la cara blanca. Yo no sabía qué hacer ni qué decir, pero tampoco fui capaz de contar lo que había visto y escuchado porque sabía que nadie me iba a creer. Aunque intentaron tranquilizarme, no pude dejar de pensar en

aquello durante todo el día y por la noche no pude dormir. Cuando cerraba los ojos veía una y otra vez aquella luz centelleante y escuchaba aquel grito al que no conseguía encontrar sentido.

Al día siguiente todo parecía transcurrir con normalidad en el instituto, pero a última hora, un compañero, de repente, entró gritando en clase.

—¡Hay alguien que me persigue! —exclamó mientras cerraba la puerta completamente pálido y con un ataque de ansiedad.

Y todo el instituto empezó ya a rumorear sobre lo que estaba sucediendo. Al salir, también conocimos que unos días antes, a unas chicas de otra clase les había ocurrido algo similar.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, un grupo de alumnos y alumnas fuimos llamados al despacho del director. Mientras estábamos esperando, todos nos mirábamos, sabíamos que aquel encuentro estaba relacionado con las extrañas apariciones.

El director llegó acompañado de una mujer mayor. Era doña Adela, una profesora ya jubilada, pero que había estado bastantes años en el instituto y formó parte del equipo educativo del primer curso de aquel centro que ya llevaba 20 años abierto en aquella época.

—Os hemos convocado aquí porque sabemos que en los últimos días habéis vivido un extraño suceso en el pasillo del instituto —dijo el director—. No queremos que os preocupéis, para eso está aquí doña Adela. Ella sabe perfectamente lo que ocurre y nos lo contará.

—Yo he dado clases en el Instituto Emilio Muñoz desde que comenzó a funcionar, incluso conozco el lugar desde antes de que este edificio que iba a ser un hospital estuviese aquí. He de deciros que sí, lo que habéis visto y oído no es algo normal, sino un fenómeno paranormal y os contaré su origen —anunció doña Adela que prosiguió narrando una historia mucho más antigua.

“Juani el de los ochos”

Transcurría el año 1948 cuando Juan Luzón, conocido como “Juani el de los ochos” vio por fin la luz de la libertad después de ocho años de cárcel. Lo apodaron de aquella forma por aquellos ocho años de pena, por ocupar la celda 88 y porque nació en el número 8 de su calle.

Fue condenado después de golpear a un guardia. Efectivamente lo había hecho, pero según él, solo intentó frenar la agresión a una chica. Sin embargo, en el juicio el juez no creyó su versión ni nadie declaró en su defensa.

La presunta víctima era Aurora, una chica que en 1940 empezaba a ser la novia de Juani y la única persona que lo estaba esperando a la salida de la Prisión Provincial de Granada ocho años después. La condena les había privado de disfrutar de parte de su juventud y de su noviazgo.

Con la tranquilidad de la libertad, aprovecharon aquel final de verano y el comienzo del otoño recuperando el tiempo como novios formales. Los dos vivían con sus familias en el pueblo de Pularianas. Por las tardes salían a pasear, se sentaban en la plaza y pasaban las horas y las horas hablando y riendo juntos. Poco a poco rehacían su vida.

Una mañana de domingo, Juani sorprendió a Aurora llegando montado sobre una robusta motocicleta. Había comenzado a trabajar en un cortijo y el señorito le prestó el vehículo a cambio de que subiera a la sierra a por setas. Juani se encargó de preparar el almuerzo y meterlo en una cesta que cargó en la moto para así pasar con Aurora todo el día en el campo.

Transitaron algunos caminos por la sierra de Alfaguara y la de Huétor, almorzaron entre pinos y recogieron algunas setas. Siguieron recorriendo caminos sobre la motocicleta y después de pasar por el pueblo de Cogollos Vega hicieron una nueva parada. Viendo

Juani que la recolección no había sido mucha, decidió acercarse a un paraje cercano, el Pago de Catacena. Detuvo la moto a un lado del camino y bajaron para comprobar si en la zona había setas. Mientras Aurora esperaba, Juani comenzó a alejarse y tardaba mucho en regresar.

Aurora lo perdió de vista. Comenzó a buscarlo, lo llamó a gritos y estuvo un buen rato caminando, pero anocheció y no lo había encontrado.

Sin hallar rastro de él, decidió regresar al camino, dejar la moto allí porque no sabía conducir y andar hasta el pueblo donde pidió ayuda. Un grupo de vecinos salió a buscar a Juani y rastrearon toda la zona en profundidad. Durante toda la noche, en aquella zona cercana a Cogollos Vega y entre luces de lámparas de aceite, se escucharon gritos de búsqueda: —¡Juani el de los ochos! ¡Juani el de los ochos!

Fue al amanecer cuando encontraron el cuerpo de Juani precipitado en un pozo. Pudieron bajar hasta el fondo del agujero con la ayuda de cuerdas, pero el cuerpo de Juani estaba frío y sin vida. Una herida en la cabeza indicaba que había muerto como consecuencia de una caída.

Al ver el cuerpo sin vida de su amado, Aurora salió corriendo del lugar, enrabiada y exclamando:

—¡Mi Juani! ¡Mi Juani el de los ochos! ¡Me han matado a mi Juani el de los ochos!

La memoria del lugar

—Aurora salió corriendo del instituto aquel día de finales de octubre y nunca nadie supo nada más de ella. A Juani lo enterraron al día siguiente en Pulianas, pero ella tampoco estuvo. —Finalizó el relato doña Adela.

—¿Y entonces? ¿Qué son los gritos que hemos escuchado todos nosotros durante estos días? —pregunté.

—Cuando se produce un suceso con muerte o en casos como una historia de amor que termina de forma dolorosa siempre queda una memoria en el lugar. El espíritu del sufrimiento de Aurora se sigue sintiendo en el instituto que hoy ocupa el mismo lugar donde murió su amado Juani. Se reviven las luces de los faroles y de las antorchas de aquella noche acompañados por los gritos de búsqueda del desaparecido, incluso se da algo curioso y es que cuando se revive con mayor intensidad es en los años terminados en ocho, como ocurre esta vez —explicó doña Adela.

—¡Qué miedo! —exclamó otro niño allí presente.

—No hay que tener miedo. Siempre que se repite, lo hace de forma pasajera. A partir del 1 de noviembre, Día de Todos los Santos, el lugar se purifica y dejaremos de sentir estos fenómenos —contestó la profesora.

Y todos conformes, aunque todavía ligeramente asustados volvimos a clase y en algo sí que doña Adela tuvo razón. A partir del 1 de noviembre todo aquello se olvidó y nadie en el instituto volvió a hablar de los extraños sucesos.

El regreso

Nerea volvió al instituto al día siguiente. Su escapada del centro le hizo tener que pasar el día en el aula de convivencia. Trató de evitar quedarse sola en los pasillos, pero por la insistencia de uno de los profesores tuvo que subir hasta la Biblioteca, en la primera planta, para devolver un libro.

Cuando subió las escaleras, allí estaba de nuevo, había que pasar por el tan temido pasillo. Antes de comenzar a caminar hacia él cerró los ojos, tomó aire y dio el primer paso. Sin embargo, al entrar en aquella galería, tan oscura como siempre, sintió un escalofrío.

Para sus adentros se decía que por favor pasase rápido, que no apareciese nada, no sabía si lo podría soportar de nuevo. Apretando fuerte las manos por los nervios, tocó en la puerta de la Biblioteca, pero estaba cerrada y no había nadie. Sintió algo de alivio, ya que podía salir corriendo de allí sin esperar a devolver el libro. Sin embargo, al girarse para regresar, todo se volvió a repetir. Vislumbró una intensa luz de frente proveniente del final del pasillo que atravesó toda aquella parte del instituto con una ráfaga.

—¡Busco al de los ochos! ¡Busco a Juani el de los ochos!
¡Túuuuuu!

Pero además, Nerea esta vez creyó ver algo más. Al encenderse aquella extraña luz, al fondo se proyectó una silueta de mujer que en la penumbra se perdió sonando un portazo al fondo del pasillo.

Nerea volvió a salir corriendo de allí, bajó las escaleras a toda velocidad, se cayó y sintió un fuerte dolor en la rodilla. No le importó, se levantó y de nuevo tomó la puerta y se escapó del instituto. Creyó oír voces a su espalda, pero evitó mirar atrás hasta llegar de nuevo a casa. Cuando se aproximaba, llamó a voces a su madre, que salió a recibirla.

—¡Nerea, mi niña! —dijo Pilar mientras abrazaba a su hija.

—Lo que te contó aquella profesora vieja no puede ser bueno, me ha vuelto a asustar mucho y ¡había una mujer!

—Lo sé cariño. No te lo conté todo —dijo Pilar con rostro de preocupación.

—Mamá ¡por favor! Necesito saber la verdad.

—Te lo contaré, pero será mejor que estés sentada.

Nerea volvió a la misma silla de la cocina donde habló por primera vez con su madre y Pilar empezó a contarle lo que el día anterior se había guardado.

—Poco después de las apariciones de aquel año, notaron que doña Adela tenía comportamientos extraños, insultaba al alumnado, incluso llegó a agredir a un niño. El equipo directivo la investigó y descubrieron que doña Adela había falsificado su nombre. En su partida de bautismo aparecía que su nombre auténtico era Aurora, incluso se descubrió que no tenía título para ejercer como profesora, era una falsificación. Creemos que era en realidad la novia de Juani que volvió cuando abrió el instituto para estar en aquel lugar que marcó su vida. Creemos que siempre estuvo detrás de los gritos y de las luces para trasladar parte de su sufrimiento a los niños y niñas que ahora se forman donde tuvo lugar aquella tragedia.

—¿Y qué pasó con doña Adela? O mejor dicho, con Aurora...

—La jubilaron y pensaba que se fue lejos con unos familiares. Pero después de todo lo que me has contado ya no lo tengo tan claro. Me preocupa que pueda seguir viva y que siendo una anciana de casi 100 años aún siga escondida en algún lugar del Instituto Emilio Muñoz.

—Mamá ¡no me hagas volver allí! ¡Me da miedo esa vieja!

—Aunque hay muchas personas que durante estos años nos hemos llevado un buen susto, hasta la fecha nunca le han hecho daño a nadie. No obstante, deberías decirle a todos tus compañeros que nunca, nunca caminen solos por el pasillo de la Biblioteca del viejo instituto y que siempre procuren tener a un profesor cerca, sobre todo durante los últimos días de octubre de un año terminado en ocho, así quizá podremos evitar la tragedia.

Sobre el autor

Javier Lara es profesor de Lengua Castellana y Literatura en el curso 2018-19 en el Instituto Emilio Muñoz de Cogollos Vega (Granada) y este relato forma parte de una actividad para la fiesta de los difuntos con el fin de incentivar la literatura de tradición oral.

Más información en www.javilara.com